

PRECIO EN MADRID.

(Lo mismo en la Administración que en las librerías.)

Por un mes. 4 reales.
 Por tres id. 11 »
 Por un año. 40 »

La suscripción empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Número suelto 4 cuartos en toda la Península.

Pago al pedir la suscripción. La correspondencia al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Director: **LUIS RIVERA.**



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admon. . . 15 reales.
 Por seis id. 28 »
 Por un año. 50 »
 EXTRANJERO.—Por tres meses. . . 30 »
 ULTRAMAR.—Un año. 6 pesos.

Se publica dos veces á la semana, jueves y domingos

Administración y Redacción, Huertas, 82, pral.

Toda suscripción de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

Dibujante: **FRANCISCO ORTEGO.**

GIL BLAS AL PUEBLO, EN CONFIANZA.

La amistad que así en los desventurados como en los prósperos tiempos nos ha unido, me obliga ¡oh amado pueblo! á decirte la verdad sin rodeos, y á tí te obliga á escucharla con resignación.

No hace mucho, en mi número anterior, y á propósito de las pretensiones borbónicas, hacia yo mil elogios de tí y te presentaba aventajando en civismo y sensatez á otros pueblos que han pasado por idénticas transformaciones.

Los sucesos de la calle de la Corredera Baja han venido despues, y estos sucesos valen la pena de que echemos un párrafo.

Vamos á cuentas, ¡oh pueblo!

Comprendo que los carlistas son insolentes y provocativos; que es poco agradable oírles á cada paso llamarse los amos del cotarro; que están muy desvanecidos con sus reyes *Tersos* antes del parto, en el parto y despues del parto; pero ¿qué se le ha de hacer? ¿No ha de haber chinchines en verano?

Mientras las cosas no pasen de fanfarronadas, dejadlos que fanfarroneen; el día que traspasen los límites, leyes hay y fuerza tiene la autoridad para entrarlos en vereda.

Que abren un Casino, bueno; una satisfacción para nosotros, que los vemos usar de nuestros medios, odiados por ellos. Que se ensucian en un periódico á la vista del público; se avisa á un municipal para que les saque la multa, y se va uno por otro lado.

No les demos importancia acudiendo á verlos festejar á sus reyes, á sus generales y á sus obispos, porque los pobrecitos hace cuarenta años que no tienen otra diversion.

Despues de todo, ¡oh querido pueblo! no son ellos los que han de derribar á los liberales; no lo pudieron hacer antes, no lo harán hoy. Los tiempos cambian, pero siguiendo siempre su marcha hácia adelante, no hácia atrás.

Todo lo que pasa entre carlistas y liberales no es más que una reyerta de antipatía. Ni ellos os deben inspirar temor como partido, ni sus ilusiones pueden considerarse más que como un desahogo de su eterna humillación.

El derecho de reunion y de asociación se ha hecho para todos. Si ellos intentan desacreditar los derechos individuales, sean al ménos respetados por nosotros, y los desacreditados serán ellos.

El ciudadano no debe tomarse la justicia por su mano, porque entonces resultaría una perpétua amenaza al orden, y la libertad moriría.

Las sociedades, sean cualesquiera las simpatías que tengan por los hombres que las gobiernan, no pueden vivir mucho tiempo en perpétuo estado de alarma. Un rumor sordo primero, un movimiento fatal despues traen necesariamente la tiranía como una satisfacción á las familias alarmadas.

Calma, pues, ¡oh liberales! la libertad necesita de hombres que sepan también resignarse con sus inconvenientes para no perder sus ventajas.

Uno de los inconvenientes de la libertad es que proporciona medios á sus enemigos: enhorabuena. Mientras estén dentro de la legalidad deben ser respetados por todos.

¿Qué nos importan su entusiasmo ni esos deleites políticos á que se entregan en sus Casinos?

Dejémosles que se saturen de sus propias ideas, y ellos solos serán los envenenados.

Es necesario que la libertad práctica sea una verdad.

Es necesario que el orden, por lo mismo que hay libertad, sea una verdad.

Es necesario que los liberales den pruebas de grandeza y tolerancia al lado de esa provocación ratonil de los carlistas.

Considerad, por último, que son los vencidos de ayer, los vencidos de hoy y los vencidos de mañana.

Dejadlos, pues, que sueñen; y cuando falten, sea la ley, y no vuestras manos, la que los castigue: porque la ley, castigando, se honra, y las manos se manchan.

Gil Blas.

Crónica.

Parece cosa decidida que todo haya de ser anómalo y extraño en la marcha tortuosa de nuestros revolucionarios: el hallazgo repentino é inesperado de un monarca, entrado en años, católico, buen mozo y *soldado* por añadidura, cuando ya los legisladores españoles se retiraban satisfechos á sus hogares en busca del descanso apetecido, tiene mucha semejanza con los encargos *póstumos* (por decirlo así) que hacen á las veces los oradores sagrados, á fin de que los amados oyentes suyos recen tal ó cual oración, digan tantos ó cuantos *pater-noster* por el bien de alguna pobre alma que se halla en pecado mortal, según noticias fidedignas que el sacerdote ha recibido cuando se encaramaba al púlpito.

La escena—no sé si Vds. la habrán presenciado,—la escena, repito, tiene mucho de conmovedora. Ya los fieles se disponen á salir del templo: la compungida beata compone su rostro; la anciana católica enjuga las últimas lágrimas que la elocuente palabra del padre ha hecho brotar de lo más profundo del alma; aquí una virtuosa madre de familia recoge el pañuelo que en un instante de arrobamiento dejó caer al suelo, y toma la silla de tijera que con laudable prevision había traído desde casa; en una palabra, todos se dirigen hácia la puerta; entonces alza dentro del adornado púlpito la interesante y *albinegra* figura del presbítero: éste eleva majestuosamente su brazo, logrando que, en virtud de estudiado movimiento, flote al aire la rizada manga de esa especie de camisolin, indispensable sin duda para que la palabra de Dios tenga autoridad y valga, y entonces se oye por todos los rincones de la iglesia: «no marcharse, no marcharse.» La gente retrocede, la beata compungida vuelve á descomponer el rostro, la anciana católica torna á llorar, siéntase de nuevo, y deja caer otra vez el pañuelo la virtuosa madre de familia, y el clérigo dice, pongo por ejemplo: «He olvidado encargaros, queridos hermanos, un *Padre nuestro* y un *Ave-Maria* por las necesidades de la Iglesia.»

Todos rezan inmediatamente lo consabido, porque en estas cosas ya se sabe que lo mejor es «el llanto sobre el difunto;» descende el ministro, trueca los capisayos blancos por la negra capa y se aleja, sustrayéndose á la espontánea admiración de sus hermanos.



En el templo de las leyes ha ocurrido algo semejante; los aficionados abandonaban ya las tribunas; los representantes del pueblo disponían viajes más ó ménos placenteros; todo era silencio y tranquilidad allí, donde el bullicio y la agitación constituían lo ordinario, y cuando los ugieres se preparaban á cerrar las sagradas puertas, levanta su mano el general Prim, y óyese por todas partes la voz de:

—No marcharse, no marcharse.

—Pues ¿qué ocurre? dice uno.

—¿Qué ha sucedido? pregunta otro.

—Prim, Prim, que va á decir algo Prim, contestan varias voces.

—Escuchemos, escuchemos.

Y dice Prim subido en el púlpito de la presidencia del Consejo de ministros:

—Olvidaba deciros, amigos del alma, que tengo un rey.

—Acabáramos, grita uno.

—Y ¿así se estaba Vd.? exclama otro.

—¿Pues por qué no lo ha dicho Vd. antes?



Poco entienden en achaques de olvido los que tales preguntas dirigen; pues ¿quién ignora que lo más interesante se va siempre de la memoria? Obsérvenlo Vds. con atención: estamos en época de viajes; apenas existe casa medio decente cuyos moradores no abandonen la monótona vida de Madrid, con su Prado, sus circos, sus conciertos, por la encantadora existencia de Vichy ó de San Juan de Luz; pues bien, ningún tiempo más oportuno que este para la observación.

Entren Vds. en cualquier casa en que se disponga un viaje: la casa estará convertida en una Babel.

Los mundos por acá, las maletas por allá: aquí un saco de noche, allí un estuche de *objetos de tocador*. Llénanse los mundos con los trajes de las niñas: los cofres se hallan atestados; ciérranse las maletas; la señora, olvidando por un minuto y en gracia de lo crítico de las circunstancias su costumbre de no hacer nada, va de aquí para allí, da órdenes y contraórdenes; salen mozos cargados de bultos, y cuando la hora es llegada, cuando en pos de los mozos salen los viajeros, quién con un saco, cuál con un lio de paraguas, este con una caja, aquel con su sombrerera; cuando el tiempo es corto, cuando es necesario el apresuramiento recuerda la señora que se ha olvidado lo más importante, «la jaula del canario,» por ejemplo, ó «el frasco del *árnica*,» ó «los polvos de almidón,» y sube y baja, y vuelve á subir, y torna á bajar, y da mil encargos á la portera.

Pues esto, ni más ni ménos, ha pasado al general Prim con su candidato.

Cuando los diputados disponían sus viajes olvidó que aun le quedaba uno de aquellos siete reyes, pobre resto de antigua opulencia; pero llegado el

instante de partir se da un golpe en la frente y exclama: «Pero, hombre, si se me olvida lo mejor, la jaula del canario, es decir, el monarca alemán;» y hace que el viaje se suspenda, y detiene á los mozos, que marchaban ya con los equipajes á cuestras... Vaya, que en ocasiones los ministros son lo mismo que las señoras.



Y va á ser curioso y digno de atención lo que con este motivo suceda en el Congreso.

—Vamos claros, dirá tal vez un diputado, ¿tenemos nosotros derecho para elegir rey?

—¿Pues quién duda eso? La soberanía, la omnipotencia, la... la... todo reside en nosotros.

—Pero ese rey, ¿quién es? ¿qué es?

—Es padre de familia honrado y además coronel alemán; aunque esto es indiferente; para ser rey de España bueno sería aunque fuese cabo segundo. Que no andamos tan sobrados de reyes que podamos hacernos de pencas, y sobre todo, señores, aunque sea mala comparación, «á borrico regalado no hay que mirar el diente.»

—Pero el país no lo conoce; parece que un rey popular debería ser conocido...

—El país no lo conoce, ¿y qué? lo conozco yo y basta, gritará el general Prim; pues ¿qué significa esto? ¿Es por ventura que yo no soy nada aquí?... Ese rey es bueno, y harto es que yo lo diga: soy el amo, y en esta casa nadie manda más que yo. El pueblo no necesita conocer al monarca; al contrario, cuanto menos lo conozca, mejor; si hemos logrado arrojar á Isabel de Borbon es justamente porque sus amados súbditos ya la habian conocido, y los reyes en tanto pueden ser reyes en cuanto no se dejan conocer.



Repito á Vds. que estoy deseando ver y oír estas cosas, y que—yo me conozco—no se me cocerá el pan en el cuerpo hasta que las oiga, las vea y las saboree con la delectación más premeditada: callen ante tan sabrosas discusiones los noventa discursos (en latin) que otros tantos prelados van á pronunciar acerca de la infalibilidad; aunque, eso es otra cosa, lo que es la noventa peroraciones han de ser cosa de gusto.

Pero nunca están satisfechas las ambiciones humanas; si yo tengo vivísimos deseos de presenciar las discusiones *sigmaringas*, aun le tengo mayor, ¿de qué dirán Vds.? Ea, echarse á discurrir; ¿á que no dan con ello? Pues bien; aun le tengo mayor de ser gobernador de Madrid: ¡posición envidiable! que anhelo hace tiempo; puesto codiciado que ya acariciaba yo en mis sueños en tiempo de Fonseca, y aun se me presenta con mayores atractivos en tiempo de Moreno Benítez.

¿Cómo no, si en los acontecimientos que conocemos, y de los cuales yo no he de hablar ahora, se destaca como principal figura la autoridad civil de esta provincia?

Todos sospechaban lo que sucedería hace unas cuantas noches en la Corredera: sólo el cándido gobernador permanecía en la más envidiable y más paradisiaca ignorancia: á la primera noche sucedió la segunda, y los hechos se repitieron; la autoridad continuaba en su infantil descuido; al tercero día el gobernador resucitó de entre los muertos y concibió la luminosa idea de publicar un bando; el bando se escribió, dióse á la estampa y se fijó en las esquinas cuatro días despues del *comienzo* de los sucesos, cuando no quedaba de ellos más que los recuerdos gratos del respeto á los derechos individuales y del amparo que la seguridad individual encuentra en los empleados de orden público.



Y qué, díganlo Vds. con franqueza, ¿no es envidiable el puesto del *aun* gobernador de Madrid?

Con esto y con manifestar toda la energía del empingorotado jefe de la población para entrar en coche allí donde el vulgo de los mortales entra á pié, por ejemplo, en los Campos Eliseos, digo á ustedes que ser gobernador de Madrid es el colmo de la felicidad.

Porque, eso sí: yo—siendo gobernador,—é imitando los *buenos ejemplos* que tengo á la vista, me cuidaría poco de si en la calle se mataban unos ciudadanos á otros, pero no transigiría en punto á pe-

netrar con mi coche de gobernador en los sitios en que el pobre público solo á pié puede penetrar.

¿Qué importan tres ó cuatro escándalos por las calles?

Que haya un cadáver más, ¿qué importa al mundo?

Lo que importa es que la autoridad no se desprestigie; y ¿qué se diría si el gobernador y los amigos del gobernador entrasen en los espectáculos públicos como las personas de poco más ó menos?

¡Oh, eso nunca! Antes que todo, el prestigio de la autoridad.

¡Oh! ¡Si yo fuera gobernador de Madrid!

A. Sanchez Perez.

LOS UNOS Y LOS OTROS.

Diálogo.

—Pero, hombre, en vista de esos atropellos, ¿qué diría Vd. si fuera carlista?...
—Poco á poco: yo no puedo ser carlista.

—Pero supóngase Vd. un momento que lo fuera...
—No puedo ni suponerlo siquiera: me es tan imposible como figurarme que soy pez, ó pájaro, ó árbol.

—Pero, hombre...
—Por eso, porque soy hombre, igual al hombre, y no quiero vejar ni ser vejado; porque predico igualdad, y tolerancia y libertad. Pero comprendo que á los que predicán rigor contra los que no profesan sus opiniones y celebran los atropellos del absolutismo, haya quien los trate á palos y los atropelle tambien.

—¿Pero eso es justo?
—Déjemelo Vd. pensar... ¿Vd. cree en la Providencia?

—¡¡¡Sí señor!!!
—Pues eso es providencial.

—¿Es decir, en resumidas cuentas, que Vd. alaba las palizas dadas por la muchedumbre á los carlistas?

—No.
—Pues entonces, condénelas Vd. en voz alta.

—¡No quiero, canastos! porque los apaleadores (y esto queda entre nosotros) son muy brutos, gozan de cierta impunidad, y podrian arrimarme á mí un palo, que no merezco, ni necesito.

—Vd. es...
—Acabe Vd.
—Vd. es un pastelero.

—Es verdad: por eso callo mi parecer sobre los apaleadores.

—Pues mire Vd. Esos que ahora andan persiguiendo á los carlistas merecerian que un día llevaran recios palos.

—¡Ajá! ¿Se acuerda Vd. de que hubo un tiempo en que los realistas apaleaban, y encarcelaban, y deportaban, y enviaban á la horca á los liberales? Pues entonces hubo algunos de estos que dijeron lo mismo que Vd. acaba de decir: esa gente que nos atropella debería llevar recios palos. La frase cundió de generacion en generacion, y ahora hay liberales que hacen con Vds. lo que Vds. hicieron entonces y de buena gana harian con ellos otra vez.

—Pero convenga Vd. á lo ménos en que es injusto.
—Convengo en que ya era injusto cuando Vds. lo hacian.

—¿Pero Vd. abona esos excesos?

—Pero, bárbaro, una muchedumbre á quien desde la niñez se le ha enseñado á matar judíos en forma de viga á las puertas de las iglesias, educada durante largos siglos por frailes, sin más ejemplo que el de María Luisa, y María Cristina, y María Isabel, perseguida siempre, maltratada siempre, jamás enseñada, víctimas todos sus individuos de lo que les han hecho creer que era bueno, ¿quiere Vd. que de repente se convierta en un claustro de profesores de derechos individuales? ¿No es natural y lógico que sea tal como Vds. la han hecho? ¿No dicen ustedes los sócios del Casino que es imprudente provocar á la plebe? Pues más torpes Vds. que ellos en hacer alharacas.

—Hombre... en parte lo que Vd. dice... Pero, ¿no es un dolor que en un motin de esos perezca un joven carlista honrado?...

—Si lo dice Vd. por uno que siendo carlista aceptaba destinos de un gobierno del cual decía pestes, yo no creo en esas honradeces.

—¡Caramba! Tan rígido ante una tumba...

—Es que puedo serlo: como que lo soy para conmigo todos los días de mi vida, bien puedo serlo un día para con los demás.

—Mire Vd... no hablemos de eso; yo creí que usted me hablaria en tono de broma...

—¿Quiere Vd. que hable en broma del muerto?

—No.

—¿Pues de qué, de los palos?

—Tampoco. Pero vamos, que es un dolor...

—Sí, es un dolor para los apaleados; pero ya que no pueden poner en práctica desde el poder su sistema de intolerancia, bueno es que así, privadamente, gocen de algunos de sus frutos.

—¡Hola! ¡Dice Vd. que es bueno!
—¿Cree Vd. en la Providencia?
—¡Sí señor!!
—Pues no es bueno; pero es providencial.

Roberto Robert.

PASION DESENFRENADA.

Amé á una suripanta que tenia un lunar en la garganta, que era un cisne cantando *las playeras* y bailaba el can-can de mil maneras; chiquilla cuyas prendas personales costaban á la empresa siete reales.

La ví en *La bella Elena* (no recuerdo en qué escena), enseñando á un rincón del escenario un pedazo de pierna extraordinario. ¡Pierna de Venus era! A su recuerdo unas veces me encuentro, otras me pierdo: ¡por eso sus redondas pantorrillas me inspiraron un par de seguidillas!

Tambien en el estreno de *El rey Midas* me dió en el corazon dos sacudidas. Tenia—como sus piernas no eran flacas—novios en casi todas las butacas. Un pollo arrojó un ramo á su belleza que por poco le aplasta la cabeza. Luego Orejon, al dármele un abrazo, la apretó con marcial desembarazo. ¿Qué pensarán las partes principales de esas niñas que ganan siete reales?

Llamaba al coliseo la criatura «museo de escultura» y á la Rivas «artista consumada.» porque es una mujer muy bien formada.

Dando forma al secreto devaneo mi amor la declaré por el correo (para cosas de amor ¡el correo interior!) y ella me contestó que me quería... con mucho fuego y poca ortografía. Para abreviar, al Prado nos citamos: me vió, la hice *tilin*, nos arreglamos.

Si salíamos juntos gustábase pasar por ciertos puntos donde hay tiendas de modas para extasiarse en todas. Despues, con frasescillas incitantes, lo ménos me sacaba un par de guantes. Con sus gustos sencillos ayudaba á limpiarme los bolsillos.

Como el café para el amor se hizo, íbamos á charlar al nuevo *Suizo*: ella fué desde niña aficionada al rico chocolate con tostada; y segun las *tostadas* que pagué, mi niña vale más que la *Tostée*.

Ambos amantes pillos, fuimos á los opacos Jardínillos una noche de abril ¡qué linda noche! no se escuchaba ni el rodar de un coche. Tomamos un asiento, porque quise aspirar su dulce aliento; y empezó la taimada con nueve mil repulgos de empanada.

Las perlas de su boca quise verlas (*en concha de rubi nido de perlas*), mas me dijo que nones, motu proprio, y entablamos el diálogo que copio: —«Tú, que nada le ocultas á las gentes, ¿no me quieres mostrar tus blancos dientes? —¿Por qué con esa reflexion me asedias, si del pié á la cintura gasto medias? —Y con tela á tu cuerpo tan ceñida te cubres el pudor, bien de mi vida! —Mas, lo que es el amor y su influencia! —¡Casi llegué á creer en su inocencia!

Quando la tarde muchas sombras trae, y dicen los poetas que se cae, estaba yo en la cama llorando los desdenes de mi dama, y aumentaban mi negra desventura un constipado y media calentura. Esa mañana la feliz artista con un sargento se perdió de vista, dejando su guardilla abandonada y sin una peseta á la criada. Con golpe tan terrible y asaz fiero, si soy otro me muerdo; mas en seguida me arranqué la espina y exclamé: —¿Me abandonas, *asesina*, despues de mis regalos? —¡Permita pues la voluntad divina que ese sargento te deslome á palos!



Medida adoptada en los establecimientos balnearios, para tranquilidad de los bañistas.

Jóvenes (más de cuatro) que preferís las niñas de teatro, amor que crece al pié de bastidores produce flores, sí, pero ¡qué flores! Lo que una suripanta puede al hombre traer, cosa es que espanta. ¡Ay! todo su atractivo consiste en un semblante algo expresivo, y en enseñar de noche y á compás las pantorrillas á la luz del gas, modeladas en más de una ocasion por el calzon de armar, que es de algodón.

¡Oh jóvenes amables! ¡Ved que estos son placeres deleznales, que la carne de tablas, cosa rara, es siempre la peor y la más cara!

El hijo de Isaac.

NO TE OLVIDO.

¡Oh ingratitude! Ocho días hace que anda por los periódicos el nombre impronunciable de un candidato, y ya apenas los ingratos se acuerdan del duque de Montpensier.

Nadie tiene, ó aparenta tener en la memoria, más que á ese intruso en nuestras conversaciones, de quien solo hace mención la *Guía de forasteros*, para hacer saber al mundo que el 12 de setiembre de 1861 se casó con Antonia María Fernanda, hermana de Luis I de Portugal.

De ese, que ni es general (!) español, ni fué por lana española al casarse, ni trabajó en favor de la revolución de setiembre, ni es hijo del que embastilló á Paris, ni nieto del que negó á su padre; de ese hombre, que nada tiene de particular, charlan todos y dejan en el olvido al que por su raza, por sus antecedentes liberales, por su simpático carácter, por sus hazañas en las guerras, por sus beneficios en la

paz, por mil conceptos, en fin, debe estar siempre fijo en nuestra memoria.

¡Oh ingratitude!
Si no fuera por el brigadier Topete y por mí, ¿quien hablaria con algun calor del duque de Montpensier?

¡Ah! Pero yo no le olvido.
Yo digo para mí desde hace días: Y si la candidatura Hohenzollern sale grilla, ¿no habremos perdido miserablemente el tiempo riéndonos de una fantasma y olvidando en cambio al que tanto contribuyó á la proclamacion de los derechos individuales, á la caida de su cuñada, que tenia un partido tan numeroso y era tan difícil de derribar, que á no ser... como que voy creyendo que solo Dios y el duque de Montpensier hicieron la revolucion, y lo creo desde que ví que á Dios se le daban las gracias en los templos y á Montpensier se le queria dar la corona, y á los españoles en junto aun nos regateaba la union liberal los derechos individuales.

Pues sí señor. Desde el camelo del duque de Génova ya no creo yo en esos candidatos lejanos, sino en los próximos, y en cuanto á los próximos, ¿cabe dudar sobre quien lo es más?

Por otra parte, oigo decir á la union liberal que en su mayoría está dispuesta á aceptar al candidato alemán, y digo para mí: ¿la union lo acepta? Pues sabe que no cuajará.

Y entonces, ¿quién he de volver los ojos sino al candidato de más apodos, al que llaman nacional y candidato de la revolucion, y liberal y Orleans?

¡Oh, no! ¡No quiero olvidarle ni que nadie le olvide!

¿Nos olvida él acaso? No.

Él vive á nuestro lado, dictando sus sueltitos por la mañana, interesándose por el estado de España, y yo sé que en el fondo de su corazon se lamenta amargamente de que España permanezca todavía sumida en los horrores de la interinidad, y desea ardientemente que coronemos el edificio y... Porque, segun parece, sus parciales le han tomado por un edificio, segun la impaciencia con que piden que el edificio sea coronado.

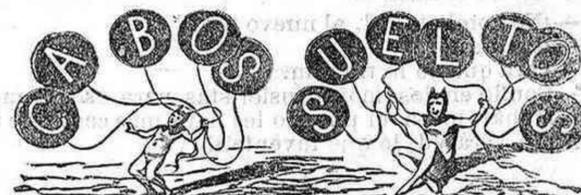
¡Y habia yo de olvidarlo! No.

Si fuese uno de esos príncipes que viven prosáicamente con los suyos, con sus hermanos, primos y cuñados; que solo piensan en la tierra donde nacieron y llevan su egoismo al extremo de no cuidarse de los demás pueblos, yo le condenaria á mi olvido y pondria en mi memoria un ejército de argumentos que no le permitiesen entrar en ella jamás.

¡Pero á él! Vamos, yo no le olvido.
El que á todos nos tiene tan presentes; que se sacrificó enlazándose con los Borbones que la revolucion habia de arrojar de España y solo lo hizo por nuestro bien; que jamás ha salido al campo de batalla á luchar contra españoles; que solo por aficion á nuestras cosas está en Madrid, y se deja fotografiar por el primer súbdito que llegue á sus puertas... ¡Oh, príncipe, no te olvido! Antes...

Antes quiero saber si va de veras lo de Hohenzollern.

Roberto Robert.



Los carlistas son muy provocativos. Ningun partido hace en España lo que los carlistas.

En Bilbao, por ejemplo, el día 29 dieron de puñaladas á un liberal.

Esto se repite continuamente en los pueblos donde tienen algunos partidarios.

De modo que si ellos pudieran, su grito de *mueran los liberales!* seria una verdad.

Si ellos pudieran, ni un liberal conocido podria vivir en España.

Cuando no les queda otro recurso, salen por las calles de esos pueblos cantando todas las noches:

¡Que mueran los liberales,
y que viva Carlos VIII!

En vista de esto, figúrese el curioso lector la paciencia y la sangre achicharrada que tendrán los liberales.

Unase á esto la procacidad de la prensa carlista, amenazándonos á todos con la Inquisición aquí abajo y con el infierno del padre Claret allá arriba.

Y por añadidura, agréguese el calor...

¿Qué habia de suceder?

En fin, sucedió que una noche los liberales se cargaron y quisieron arremeter con los carlistas en su Casino.

Hasta aquí todo será lamentable, pero tiene una explicación.

Desde aquí en adelante no hay nada que lo explique.

Enterado el gobernador de Madrid, ha debido evitar que se reprodujeran esas escenas las noches siguientes.

El Sr. Rivero, dando á los carlistas seguridades con la mejor intención, ha sido puesto en ridículo por sus dependientes.

El Sr. Moreno Benitez ha demostrado que no sirve para gobernador.

Su prestigio como autoridad ha quedado por tierra.

Su deber es dejar el puesto que ocupa, para que el gobierno nombre otro gobernador que, sin ser menos liberal que el Sr. Moreno Benitez, tenga energía bastante para hacer respetar la autoridad y que inspire al pueblo de Madrid la confianza que hoy no puede tener ya en el Sr. Moreno Benitez respecto á la cuestión de orden público.

D. Francisco de Asís escribe una carta á *La Epoca* diciéndole que ni asistió lá a abdicación, ni siquiera fué invitado.

Ya ve *La Epoca* que en el asunto del pretendiente-velocípedo, nada tiene que ver D. Francisco con el hijo de su mujer.

Dos reales por el discurso de Castelar sobre la abolición de la esclavitud.

Mira el anuncio y cómpralo.

Es un discurso que todo hombre libre y de buen gusto debe tener en su bufete.

El carlista D. Antonio Herrero ha puesto el dedo en la llaga de su partido, según una carta que escribe desde Miranda de Ebro; nos cuenta que en su partido hay tres secciones: la de los periodistas, la del rey y sus cortesanos y la de los creyentes. Las dos primeras viven á costa de la tercera, sacándole miserablemente el dinero con pretexto de prisiones y preparativos para la guerra que nunca llega.

El Sr. Herrero quiere que el gobierno ponga remedio á tanta explotación.

Esto no es posible; á los cándidos no se les conviene más que de una manera: dejándoles sin un cuarto.

Cuanto años de explotación harán más que todos los mandatos del gobierno.

Se quejan algunos periódicos del retraso con que se paga el vencimiento del cupon de la Deuda.

Como el director de la Caja de Depósitos no ha dispuesto que se corten á tiempo los nuevos cupones, aquí tienen los *tenedores* la causa del retraso.

Tan cierto es que un empleado torpe ocasiona males sin cuento.

¿Con que es cosa seria eso de que vamos á coronar el edificio?

Mucha curiosidad tengo por ver la cara del nuevo rey, pero tengo más aun por ver la que pondrá Montpensier.

—¿No combate Vd. al nuevo rey?

—¿Para qué?

—Para que no le traigan.

—Confío en los montpensieristas para eso. Como son monárquicos, el público les hará más caso que á mí. ¡Ya verá Vd. lo que inventan!

El Eco de España se asusta porque con motivo de no haber libros todavía para el registro civil se está faltando á la ley ostensiblemente.

Es verdad que se falta.

Y es además justo que se asuste *El Eco de España*.

¿Cómo no ha de asustarse un moderado de que se falte á la ley!

El podrá faltar todas las veces que lo tenga por conveniente, pero dejar de asustarse cuando faltan otros, eso nunca... pues no faltaría más.

Ya saben Vds. que el rey que está en puerta se llama: ¡Holehole Simeeligen!
No es lo peor que le elijan, sino que le echen.

Es curioso el infantil empeño manifestado por algunos prohombres del partido moderado de probar que asistieron al acto de la abdicación.

Vaya un capricho: yo sé de algun personaje que estuvo y que desearia no haber estado.
Cosas de palacios.

La prensa carlista ha dejado de publicarse por efecto de los sucesos de la calle de la Corredera.

Siento esta medida, pero conozco que está de acuerdo con sus opiniones políticas.

Un partido que odia la prensa, que ofrece acabar con ella si viene D. Carlos, debe dar gracias á la fatalidad que le obliga á poner en armonía sus obras con sus palabras.

Ya ha hecho la hombrada la empresa del ferrocarril del Norte.

Este año es piramidal la rebaja.
¡Seis ú ocho duros de ida y vuelta á San Sebastian, pudiendo detenerse en algunos puntos de baños, valaderos por 30 días!

La empresa se ha portado como quien es, y merece elogios de los pobres.

Ahora, para que los buenos propósitos sean útiles á todos, esperamos la hombrada que prepara sin duda con los trenes de primera.

Por un artículo que ha escrito en *El Centro popular* de Valencia el sargento Juan Fernandez, me lo condenan á presidio.

Escribe en Madrid artículos que arden en un candil el general Izquierdo, y sigue de capitán general.

¿Qué hará más daño al gobierno, los escritos republicanos del sargento, ó los escritos montpensieristas del general?

Ha llegado á nuestra noticia que el *Diario de la Marina*, periódico de la Habana, ha confundido, creemos que equivocadamente, al *Gil Blas* con los periódicos que opinan por la cesión ó venta á los Estados-Unidos de la isla de Cuba.

Protestamos contra esta apreciación por ser enteramente contraria á nuestros sentimientos y opiniones y á lo que siempre hemos manifestado.

Nuestros lectores saben la reserva que nos hemos impuesto en los asuntos de la isla de Cuba mientras dure la guerra, que á todos nos contrasta.

Por lo demás, conocidas son nuestras ideas. Si en la Península defendemos la integridad del territorio combatiendo aquellas ideas que pudieran algun día traer la desmembración de la patria, ¿cómo no habíamos de querer lo mismo para la isla de Cuba? ¡No, nunca, en ningun tiempo, por ninguna circunstancia defenderemos la cesión ni la venta de la isla de Cuba, ni de parte alguna del territorio español! Queremos para ella, como para nuestras provincias, las libertades prometidas por la revolución de Setiembre, pero las queremos todas españolas.

Confiamos en que el *Diario de la Marina* rectificará el concepto que de nosotros ha formado, y que solo por un involuntario error pudo haber cometido.

El general Prim nos va á traer un rey.

Supongo que los partidarios de nuestro *Directorio*, los que se figuraban que el general Prim y la prensa de la Declaración se habían puesto de acuerdo para hacer la república unitaria, estarán ahora muy contentos.

A propósito: mi amigo Suñer no acepta el *mandato imperativo*, otra idea tomada por los federales españoles de los unitarios franceses.

Yo no sé cómo se las gobiernan estos unitarios franceses para hacerse querer tanto de los federales españoles.

La Epoca ha dicho que Montpensier es nueve veces Borbon.

Y yo repito que fuera de los nueve, cero.

Apenas doña Isabel ha hecho la broma de su abdicación, *El Telégrafo autógrafa* de Paris hace la broma de emplear una página en decir que es alfonista.

Si lo dice creyendo que sus suscritores aun no lo habían conocido, los tiene por muy brutos.

Y si no, también.

El gobierno tiene candidato.

El gobierno se encuentra en la situación de aquel personaje de comedia que se asombra porque tiene una idea.

Dice *La Correspondencia* que un folleto escrito en favor de Montpensier ha sido muy bien recibido en muchos círculos.

Se comprende: un regalo es siempre bien recibido: bien recibidos son por todo Madrid los programas que de las funciones de Blondin se dan por las calles.

Además: con tres personas sobran para formar un círculo...

El folleto encomiado por el diario montpensierista se titula: *¿Por qué rechazáis al duque de Montpensier?*

Como este señor no es un principio, ni un sistema, sino un Fulano, hijo de un destronado y cuñado de una destronada, el autor no merece más que estas palabras: *¿Y á Vd. qué le importa?*

Por sospechas de complicidad en la fabricación de moneda falsa, ha sido preso en Barcelona un inspector de policía.

No hace mucho que por sospechas de lo mismo le pasó algo á otro agente de categoría del mismo ramo.

Durante la dominación reaccionaria, la voz pública acusó con insistencia del mismo delito al jefe del ramo sobredicho.

¿Saben Vds. que el ramo va oliendo mal?

Isabel, llena de un goce que al juicio de ustedes dejo, de un sencillo *Puigmoltejo* hizo un rey Alfonso doce.

Lo mismo aquí que en París tanto á su familia amó, que á todos los coronó... por amor á su país.

La Correspondencia anuncia que ha circulado por Madrid un retrato del nuevo candidato al trono, en traje de coronel de caballería alemana.

Han estado de venta en muchas tiendas retratos de Montpensier, vestido y afeitado de varios modos, y...

Ni por esas.

En el último temblor de tierra de Miahutia (Méjico) se cayeron casi todas las iglesias.

Cuando el Papa sea declarado infalible, dirá por qué.

Solucion á la Charada del número anterior: *Cavatina*.

DISCURSO PRONUNCIADO EN CONTRA DE LA ESCLAVITUD

POR EL CIUDADANO

EMILIO CASTELAR

EN LA ASAMBLEA CONSTITUYENTE, EL DIA 21 DE JUNIO DE 1870.

Forma un elegante folleto, que se vende á DOS REALES en Madrid, en la Librería Nueva, calle de Espoz y Mina, núm. 41. A provincias se envía franco y certificado por 4 sellos de medio real.
Pidiendo más de 40 ejemplares se rebaja 25 por 100.

NUEVO DESCUBRIMIENTO SIN RIVAL EN CLASE Y PRECIO,

para el tocador, para refresco, para viaje, para mejorar las aguas, y sobre todo admirable y energético para los dolores reumáticos, heridas, contusiones, mareo y sustos. Se prepara de encargo para Inglaterra y Francia.

Agua aromático-espirituosa del Parnaso con árnica del Ecuador, superior en grados y aroma á la de Colonia, de los Carmelitas, de la Florida, de Betot, de Boyer (antireumática), de tintura de árnica, etc., etc.

Cuántos aceites, aguas preparadas, pomadas, bálsamos, opiats, elixires se venden, que lejos de perpetuar la belleza, como se supone en pomposos anuncios, no dan más que un brillo del momento, no satisfacen más que un solo instante la vanidad; pero en cambio preparan para largos años dolores y una horrorosa decrepitud.

Si la acción simultánea de un aire vivo, de una luz ó sol intenso ú otras circunstancias particulares han irritado la tez, usad sin temor nuestro nuevo descubrimiento higiénico-medicinal, que es sin disputa alguna el mejor de los cosméticos, incluso las pomadas de cohombro, de almendras dulces, de cacao y de bálsamo de la Meca.

Es inmejorable para lavarse el cutis, para los baños, fricciones, el pañuelo, para extinguir el mal olor de la boca, el del tabaco, para lavarse todas las cavidades del cuerpo, y para reparar las carnes fungosas y estrechar los tejidos humanos. Para limpiar la dentadura, precaver las caries, el escorbuto y dolor de muelas y encías, es superior á los polvos, opiats y elixires conocidos, sea cual fuere su base y autor.

Para los viajeros.—Con diez gotas en un terron de azúcar, echado en medio cuartillo de agua, constituye un grato refresco de naranja y limon, superior á los polvos refrigerantes de conliftera y jarabera.—Inventor: L. de Bren y Moreno, proveedor de la Gran Bretaña y de otros Estados de Europa y América.

Por mayor se hace 25 por 100 de descuento en Almacén.
En provincias se vende en 1.500 farmacias, droguerías y perfumerías, consumidoras del *Ac. He de bellotas con savia de coco*, de nuestra propia invención, que se vende á 6, 12 y 18 rs. frasco.

En Madrid, calle de las Tres Cruces, 1, principal, y Jardines, 5, precio 8 reales frasco, y 56 rs. botella de un litro.

MADRID: 4870.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.